



Miguel de Unamuno (1864-1936)

Los elementos medievales en la poesía de Unamuno asoman ya en su libro *Poesías*, de 1907. Hablamos de un libro mediado por la visión de la realidad inmediata del autor, imbuido por su participación en la Institución Libre de Enseñanza (Jongh-Rossel, 1986). Esta ideología se materializa en poemas como «La catedral vieja de Salamanca» o «La catedral de Barcelona», dos descripciones que nos trasladan a una ambientación medieval a partir de la cual Unamuno establece referencias entre el pasado y el presente.

En la catedral vieja de Salamanca

Sancta Ovetensis, Pulchra Leonina,
Dives Toletana, Fortis Salmantina.¹²⁶

Sede robusta, fuerte Salmantina,
tumba de almas, dura fortaleza,
siglos de soles viste
dorar tu torre.

Dentro de ti brotaron las plegarias
cual verdes palmas aspirando al cielo
y en rebote caían
desde tus bóvedas.

Este el hogar de la ciudad fue antaño;
aquí al alzarse en oblación la hostia,
con las frentes dobladas
y de rodillas,

temblando aún los brazos de la lucha
contra el infiel, sintieron los villanos

126. Dístico latino que se refiere a cuatro de las más importantes catedrales: «Santa la de Oviedo», por las reliquias que posee; «Bella la de León», por su elegancia y sencillez; «Rica la de Toledo», probablemente, la más relevante durante siglos; «Fuerte la de Salamanca», en referencia a la antigua catedral románica.

en sus ardidos pechos
nacer la patria.

Mas hoy huye de ti la muchedumbre
y tan solo uno y otro, sin mirarse,
buscan en ti consuelo
o tal vez sombra.

Templo esquilado por un largo culto
que broza y cardo solo de sí arroja,
tras de barbecho pide
nuevo cultivo.

Solo el curioso turba tu sosiego,
de estilos disertando entre tus naves,
pondera tus columnas
elefantinas.

El silencio te rompe de la calle
viva algazara y resonar de turbas,
es el salmo del pueblo
que se alza libre.

Libre de la capucha berroqueña
con que fe berroqueña lo embozara,
libre de la liturgia,
libre del dogma.

¡Oh, mortaja de piedra, ya ni huesos
quedan del muerto que guardabas, polvo
por el soplo barrido
del Santo Espíritu!

Ellos sin templo mientras tú sin fieles,
casa vacía tú y fe sin casa
la nueva fe que a ciegas
al pueblo empuja.

En tus naves mortal silencio, y frío,
y en las calles, sin bóvedas ni arcadas,

calor, rumor de vida
de fe que nace.

Las antiguas basílicas, las regias
salas de la justicia ciudadana
brindáronle su fábrica
del Verbo al culto.

Y el Espíritu Santo que en el pueblo
va a encarnar, redentor de las naciones,
¿dónde hallará basílica,
de sede regia?

Quiera Dios, vieja sede salmantina,
que el pueblo tu robusto pecho llene,
florezca en tus altares
un nuevo culto,

y tu hermoso cimborrio bizantino
se conmueva al sentir cómo su seno
renace oyendo en salmo
la Marsellesa.

(Poesías, 1907;
extraído de *Obras completas. Tomo XIII. Poesía I*, 1958, pp. 230-232)

La catedral de Barcelona

A Juan Maragall, nobilísimo poeta.

La catedral de Barcelona dice:
Se levantan, palmeras de granito,
desnudas mis columnas; en las bóvedas
abriéndose sus copas se entrelazan,
y del recinto en torno su follaje
espeso cae hasta prender en tierra,
desgarrones dejando en ventanales,
y cerrando con piedra floreciente
tienda de paz en vasto campamento.
Al milagro de fe de mis entrañas

la pesadumbre de la roca cede,
de su grosera masa se despoja
mi fábrica ideal, y es solo sombra,
sombra cuajada en formas de misterio
entre la luz humilde que se filtra
por los dulces colores de alba eterna.
Ven, mortal afligido, entra en mi pecho,
entra en mi pecho y bajaré hasta el tuyo;
modelarán tu corazón mis manos,
—manos de sombra en luz, manos de madre—
convirtiéndolo en templo recogido,
y alzaré en él, de nobles reflexiones
altas columnas de desnudo fuste
que en bóvedas de fe cierren sus copas.

Alegría y tristeza, amor y odio,
fe y desesperación, todo en mi pecho
cual la luz y la sombra se remejen,
y en crepúsculo eterno de esperanza
se os llega la noche de la muerte
y os abre el Sol divino, vuestra fuente.
Cuerpo soy de piedad, en mi regazo
duermen besos de amor, empujes de ira,
dulces remordimientos, tristes votos,
flojas promesas y dolores santos.

Dolores sobre todo; los dolores
son el crisol que funde a los mortales,
mi sombra es como místico fundente,
la sombra del dolor que nos fusiona.

Aquí bajo el silencio en que reposo
se funden los clamores de las ramblas,
aquí lava la sombra de mi pecho
heridas de la luz del cielo crudo.

Recuerda aquí su hogar al forastero,
mi pecho es patria universal, se apagan
en mí los ecos de la lucha torpe

con que su tronco comunal destrozan
en desgarrones fieros los linajes.

Rozan mi pétreo seno las plegarias
vestidas con lenguajes diferentes
y es un susurro solo y solitario,
es un salmo común, una quejumbre.

Canta mi coro en el latín sagrado
de que fluyeron los romances nobles,
canta en la vieja madre lengua muerta
que desde Roma, reina de los siglos,
por Italia, de gloria y de infortunio
cuna y sepulcro, vino a dar su verbo
a esta mi áspera tierra catalana,
a los adustos campos de Castilla,
de Portugal a los mimosos prados,
y al verde llano de la dulce Francia.
Habita en mí el espíritu católico,
y es de Pentecostés lengua mi lengua,
que os habla a cada cual en vuestro idioma,
los bordes de mi boca acariciando
de vuestros corazones los oídos.

Funde mi sombra a todos, sus colores
se apagan a la luz de mis vidrieras;
todos son uno en mí, la muchedumbre
en mi remanso es agua eterna y pura.

Pasan por mí las gentes, y su masa
siempre es la misma, es vena permanente,
y si cambiar parece allá en el mundo
es que cambian las márgenes y el lecho
sobre que corre en curso de combates.

Venid a mí cuando en la lid cerrada
al corazón os lleguen las heridas,
es mi sombra divino bebedizo
para olvidar rencores de la tierra,

filtro de paz, eterno manadero
que del cielo nos trae consolaciones.
Venid a mí, que todos en mí caben,
entre mis brazos todos sois hermanos,
tienda del cielo soy acá en la tierra,
del cielo, patria universal del hombre.

(*Poesías*, 1907;
extraído de *Obras completas. Tomo XIII. Poesía I*, 1958, pp. 243-245)